

Derechos humanos en un mundo turbulento



Por: Fernando DE LUCIO

«¿Cómo se construye la seguridad? ¿Cómo se edifica, pieza a pieza, la estructura del bienestar y la coexistencia?», son preguntas que responde el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Zeid Ra'ad Al Hussein.

Publicamos un extracto de un mensaje reciente.

Tenemos que empezar por forjar confianza. Estado de derecho, instituciones que ofrecen la garantía de una justicia imparcial. Igualdad: cada persona debe tener muy claro que, independientemente de cuáles sean su sexo, etnia, opiniones, creencias, edad u orientación sexual, sus derechos obtienen igual reconocimiento. La confianza sólo puede forjarse si el gobierno es transparente y rinde cuentas, y si la gente está segura de que tiene el derecho de contribuir a todas las decisiones que les interesan. Debemos garantizar los derechos económicos y sociales fundamentales –tales como al agua potable, la educación y la atención sanitaria adecuada–. Las libertades de expresión, asociación y creencia deben prevalecer, junto con la existencia de medios de comunicación sólidos e inde-

pendientes, para que la población esté plenamente informada y se sienta libre de contribuir con ideas y experiencias, sin temor a los ataques.

Paso a paso, estos elementos de justicia, participación, resolución de conflictos y repartición del poder se combinan para generar un proceso de creación de confianza amplio y profundo, de respeto mutuo y de solución de problemas.

Es un proceso que abarca la diversidad y alimenta los lazos de resistencia de la dignidad humana. Está profundamente anclado en los principios, porque el valor de la vida es el mismo para todos nosotros y todos merecemos vivir de la misma manera. Y es también la manera más eficaz de gobernar, porque los derechos humanos no son conceptos edulcorados sino opciones sensatas de políticas, que propician la construcción de sociedades sólidas

das y con buena salud económica, en las que prevalece la paz.

Las naciones prosperan cuando son capaces de construir instituciones que dan autonomía a sus pueblos y les permiten desarrollar en libertad todo su potencial. Esa inclusión de amplio espectro inmuniza a la sociedad contra el conflicto y el extremismo violentos. Pero si no logramos mantener esa estructura y la dejamos caer o permitimos que la deshagan, pieza a pieza, quienes se aprovechan de ella, entonces tendremos que enfrentarnos a situaciones de pesadilla.

Lugares donde un puño de hierro aplasta toda crítica. Donde la violencia y la discriminación arbitrarias usurpan el sitio del derecho. Lugares donde el odio hierve y la represión lo obliga a ocultarse, de modo que se encona y genera metástasis que adquieren formas inhumanas y espantosas. Donde un régimen secuestra, tortura y asesina a niños que pintan consignas en los muros de la escuela, luego dispara contra los padres y parientes que protestan por los secuestros y termina por bombardear a millones de sus propios ciudadanos, sus huertos de frutas y el complejo mosaico de sus pueblos, hasta convertirlo todo en un paisaje desolador de odio y alienación.

Los conflictos, la discriminación, la pobreza, la desigualdad y el terrorismo son desastres creados por el hombre que se refuerzan mutuamente y que devastan actualmente a demasiadas comunidades y personas. Son obras humanas. Y son contagiosas.

Esto es válido para todas las regiones del mundo, pero hay un ejemplo impresionante en el Oriente Medio: A partir de la destrucción de Irak y la tiranía de Siria, gran parte de la región está ahora envuelta en la violencia y esta ferocidad se extiende aún más, con graves amenazas extremistas en casi todos los Estados. Y si ampliamos la perspectiva a países aún más lejanos, como Somalia, Nigeria y Malí, vemos también terribles violaciones de derechos humanos, cometidas por grupos que se nutren de los agravios que ha recibido el pueblo.

El aumento de la represión de los derechos humanos no es la solución a estos conflictos: es una causa adicional de ellos...



«Los derechos humanos son el ADN que vincula la paz y el desarrollo»

En particular, la policía y las fuerzas de seguridad deben representar al Estado de Derecho o fracasar en el intento. Son las instituciones que a menudo simbolizan el rostro del Estado. Cuando las fuerzas de seguridad menosprecian en su actuación los derechos del pueblo y lo tratan como a un enemigo, entonces ese pueblo terminará por convertirse en enemigo de dichas fuerzas. Cada acto de tortura contribuye al extremismo; y cada arresto arbitrario, cada redada abusiva –cada acto que reprime a la sociedad civil y a la disidencia legítima– es un paso más hacia el aumento de la violencia...

El respeto de los derechos humanos ofrece a los Estados una vía para aumentar la estabilidad, no para reducirla. El diálogo y el respeto de los derechos humanos, comprendido el respeto a los derechos de las minorías, fomentan la confianza y la lealtad, y propician el dinamismo de las instituciones políticas y económicas.

Los derechos humanos son el ADN que vincula la paz y el desarrollo. Los derechos humanos no son costosos: no tienen precio. Favorecen el círculo virtuoso que forman el aumento de la libertad, el incremento de la reciedumbre y la capacidad de recuperación, y mayor seguridad a lo largo y ancho del sistema internacional. Desde prevenir la tortura hasta combatir la discriminación y apoyar el derecho a la educación, la vivienda y mucho más; esa es la labor que debemos llevar a cabo. No hay tiempo que perder. 🔔